

VIEJOS Y JOVENES

REFLEXIONES DE UN «VIEJO»

NO descubro secreto alguno al decir, por escrito, que las relaciones entre jóvenes y viejos han sido, más de una vez, objeto de mis reflexiones y preocupación; y también de mi desconcierto, sobre todo ante las reacciones de los jóvenes, y los cambios que he presenciado en jóvenes que lo fueron hace años, y hombres maduros o «viejos» prematuros que, algunos, son hoy. Otros habrán percibido en mí los mismos cambios y parecidas reacciones. Lo cual sólo prueba lo muy semejantes que somos o llegamos a ser los hombres.

Pero no había conseguido dar expresión, ajustada, a la vez que discreta, de tales reflexiones hasta leer en Santayana, – *The Life of Reason*, pg. 11 –, una frase que venía de molde y moldeaba lo vago, gelatinoide y errabundo de mis consideraciones: «*Los filósofos han dicho a veces que todas nuestras ideas vienen de la experiencia; de ser así, nunca hubieran podido ser poetas, y han debido olvidarse aun de que fueron, alguna vez, niños*».

Los «viejos» decimos, no a veces, sino machaconamente siempre, que la sabiduría, – vital, política, social, filosófica, científica, universitaria . . . –, viene y se adquiere con la experiencia, con los años, – claro que con los nuestros; de los 40 a los 70, para ser entre exacto y sincero. De ser las cosas así, ya no podríamos ser poetas, – inventores, innovadores, revolucionarios, genios . . .; sino conocedores, – de museos ideológicos, sociales . . .; y mostraríamos, con ello, haber olvidado, si es que lo supimos, el haber sido, alguna vez – allá, hace años . . . –, «*niños y jóvenes*».

Dejemos, compasivamente, de lado a esos niñitos de cien años, – a los «*pueri centum annorum*» de que nos habla la Biblia, – que nacieron «viejos»: modositos y «fundamentosos»; y pasemos de largo, avergonzados, ante ciertos jóvenes, prematuramente viejos: sensatos y «*modelos*», contrapartida de los viejos «*verdes*».

Convengamos, aunque algunos no nos gusten, en un conjunto de aforismos:

Primero: Eso de que «*la experiencia, los años, sea la madre de la ciencia*» es frase típica, inventada por los «*viejos*»; jamás, por los jóvenes.

Segundo: Que «*la experiencia sea la madre de la ciencia*» es afirmación que sólo convence a los viejos.

Tercero: Que tal frase ni nos acudió, y menos nos convenció, cuando fuimos jóvenes, – y la oímos de los viejos, aun de *nuestros* viejos.

Cuarto: Que nos duele en el alma y en el *cuerpo* no ser ya jóvenes.

Quinto: Que la envidia por la juventud, – de alma y de *cuerpo*, desde tersura de piel, por . . . , hasta . . . –, es un vicio capital, sólo contraíble por *viejos*, y disimulado por freudianos procedimientos de *sublimación*.

Sexto: Que los «*elíxires de juventud*», – sea dicho en fórmula de romántico decoro –, son cosa para *viejos*.

Séptimo: Que esotro de *elíxires de vejez*, – de cordura, experiencia, moderación, reflexión . . . –, no hay modo de hacérselos tomar a los jóvenes, mientras lo son.

Octavo: Que eso de *Juventud, divino tesoro; te vas para no volver* sólo lo dicen los exjóvenes, es decir: los viejos.

Noveno: Que, al decirlo, los viejos no sacamos nunca las secuelas: *luego hemos perdido un tesoro divino; luego no podemos pretender que los jóvenes nos tengan por divinos, luego los jóvenes no tienen el deber de obedecernos ni como a Dioses ni como a diosecillos*.

Décimo: Que a quien perdió eso de ser *divino* sólo le queda el poder ser *humano*, el hacerse *hombre*.

Undécimo: Que ser humano, hacerse *hombre*, es difícil tarea, emprendible, – con probable y nunca asegurado éxito –, a partir de los cuarenta, – *Life begins at forty*.

Duodécimo: Que los viejos tenemos que hacer méritos para obtener el respeto de los jóvenes, sin apelar a derechos *divinos* que nunca hemos tenido, o a delegaciones *divinas* que, en ciertas épocas, han creído tener los viejos.

Décimotercero: Que los *méritos humanos* a hacer los viejos ante los jóvenes se reducen a tres: *primero*, haber sido plena y públicamente

jóvenes; *segundo*, reconocer el derecho de ser jóvenes a los que lo son aún *por divino tesoro*. Derecho de hacer lo que nosotros, de jóvenes, hicimos frente a nuestros *viejos*; y algo más: *derecho a ser «poetas»*: inventores, innovadores, genios . . . de nuevas formas de vida social, política, religiosa, científica. *Tercero*, ayudarlos, – *servirlos*, – a realizar sus ideales, sus anhelos, sus novedades.

(Como se dice en la jerga política: realizar en el gobierno el programa de la oposición).

Si nuestros *viejos*, – los *viejos* de los *viejos*: de los que ¡oh perdularios de divino tesoro! –, somos ya *viejos* hubieran cumplido con las tres condiciones, sobre todo, con la segunda; y, ante todo y sobre todo, con la tercera, no seríamos los *viejos* actuales unos *resentidos* de que nuestros *viejos* nos condenaron eficazmente a ser repetidores, acólitos, pedisecuos, doctrinos suyos.

Caigamos en cuenta los *viejos* actuales de que los jóvenes actuales no tienen por qué pagar el resentimiento nuestro hacia nuestros *viejos*. No se lo hagamos pagar. Así no haremos de ellos otra generación de *viejos resentidos*, – cual lo somos, por escandalosa y gritonamente desedificante mayoría, los *viejos* actuales, fuera de honrosas, rarísimas y edificantes excepciones.

Cuanto más y más rudamente notemos los *viejos* que los jóvenes se nos sublevan, pensemos, – duélanos lo que nos doliere –, si no estaremos condenándolos, – con todas las de la Ley o leyes –, a repetidores, acólitos, pedisecuos, doctrinos de algo *eterno, inmutable, insuperable, supremo, perfecto, idéntico por siglos de siglos*; si no se nos sublevarán porque estamos asesinando en ellos al niño, al joven, – la novedad en germen, el genio en capullo, la generosidad, frescura, lozanía, entusiasmo de alma y cuerpo.

Y si decimos que los jóvenes actuales no son eso: ¿de quién, ¡rediantre!, preguntaré, son hijos?

* * *

Buen *viejo* no es un joven, renegador de *viejo* de todo lo que fue afirmador de joven. El *viejo* que crea ser su deber renegar de lo que

fue (hizo) de joven que se calle por vergüenza: de vergüenza ante el joven que, él mismo, fue.

No aspiremos los viejos a otro mejor y mayor elogio sino al de que los jóvenes nos llamen afectuosamente *nuestros* viejos.

Y consolémonos, – discretamente, con su granito de duda cartesiana o abstención fenomenológica –, con que se puede ser *joven de alma y viejo de cuerpo*.